

# FALLECE EL P. ADOLFO NICOLÁS

Superior General de la Compañía de Jesús (2008-2016)



EL 20 de mayo de 1521 Iñigo de Loyola cae herido en Pamplona. Se inicia un proceso de cambio en su vida, que será trascendental para él y para la Iglesia. 20 de mayo de 2020, 499 años más tarde, en Tokio, el P. Adolfo Nicolás Pachón inicia un nuevo proceso vital, pasa a la morada del Padre. Es tiempo de Pascua.

En la carta en que el Arturo Sosa, Superior General, anuncia el fallecimiento del que fuera nuestro General durante varios años, evoca dos palabras que le fueron muy cercanas y que las usó tantas veces para animar a los compañeros jesuitas, a los colaboradores, a los participantes en la única misión, la del Señor: universalidad y profundidad. Dicen mucho de lo que ha sido la vida apostólica del P. Nicolás y su gobierno como Superior General.

Me permito evocar otra palabra que a él hubiera querido desarrollar y que la vivía profundamente: silencio. Y para comprender el significado de este término en su mundo interior y desde la perspectiva del gobierno de la Compañía, el P. Nicolás hablaba de recuperar el espíritu del silencio. En diversas ocasiones se la había solicitado desarrollar este tema, pues lo mencionaba como de pasada en sus siempre sugerentes intervenciones improvisadas. Me permito recordar sus confidencias cuando en varias ocasiones me señaló que deseaba escribir sobre el tema.

No me consta, sin embargo, que dejara ningún papel en el que plasmara por escrito esta pregunta que latía en su interior. Sin duda, era tema frecuente en su oración y en su reflexión personal. Quiero pensar que en sus paseos matutinos, en el alba romana, acompañado por el silencio de la ciudad que se despertaba, barruntaba por dentro lo que el Señor

espera cuando nos llama a vivir en profundidad nuestra vocación universal. Una vocación universal vivida en profundidad ha de estar acompañada por el espíritu del silencio. El silencio que ha de acompañar y acompasar toda dinámica de actuación y de servicio. No cabe encuentro con el otro, sin el silencio de la acogida, del acompañamiento, del respeto, de la reconciliación.

Me permito transcribir las palabras que él mismo propuso a la Compañía en la Congregación de Procuradores celebrada en Nairobi (2012), al presentar el Estado de la Compañía:

«Por todo ello, aunque pueda sorprender a algunos, entiendo que uno de los retos principales que afronta la Compañía hoy es el de **recuperar el espíritu de silencio**. No estoy pensando en normas disciplinares, en tiempos normativos de silencio o en la vuelta a casas religiosas con un aspecto semejante al de los monasterios. Estoy pensando más bien en los corazones de los jesuitas. Todos estamos necesitados de un lugar en nuestro interior donde no haya ruidos, donde nos pueda hablar la voz del Espíritu de Dios, con suavidad y discreción, y dirigir nuestro discernimiento. Intuyo en esto una verdad muy honda: necesitamos tener la capacidad de **convertirnos nosotros mismos en silencio**, en vacío, en un espacio abierto que la Palabra de Dios pueda llenar y el Espíritu de Dios pueda inflamar para bien de otros y de la Iglesia. Hoy más que nunca cada jesuita debería ser capaz de vivir como un monje en medio del ruido de la ciudad, como un amigo ortodoxo nos decía en una ocasión. Esto significa que nuestros corazones son nuestros monasterios y que, en el fondo de toda actividad, de toda reflexión, de toda decisión, está el silencio. Aquel tipo de silencio que compartimos sólo con Dios».

El documento publicado para toda la Compañía lleva la fecha del 31 de julio de 2012. Pronunció estas palabras en Nairobi, pues quiso que la Compañía escuchara el silencio que la sociedad a veces plantea ante lugares de frontera, como es África. Quiso levantar su voz para que toda la Compañía compren-

diera el desafío de África, pues el P. Nicolás soñaba la Compañía se despertara ante la riqueza espiritual de Asia pueda ofrecer a la Compañía y a toda la Iglesia.

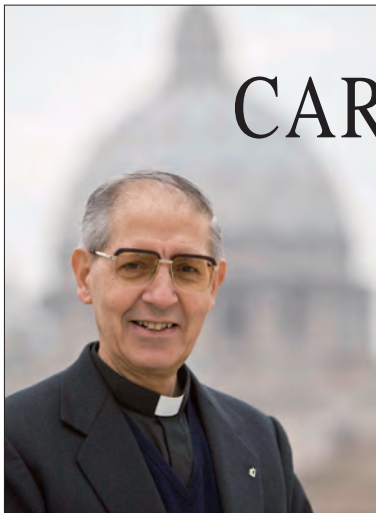
El proyecto de dejar un documento escrito sobre este tema quedó en eso, borrador inacabado. Pero el proyecto lo fue desarrollando en su propia vida los años siguientes, tanto de General como, y sobre todo, en el silencio que los años y la disminución física le fueron imponiendo de forma inexorable. Roma, Madrid, Manila, Tokio han ido experimentando el creciente silencio que se ha dado en su vida.

El último catálogo de la Provincia del Japón en su página 22 menciona la última misión recibida por el P. Nicolás: «ora por la Iglesia y la Compañía». Estos últimos años han escrito de forma vital la profecía que fueron sus palabras a toda la Compañía. Profecía que se ha realizado en su persona. Profecía que se cumple también en tantos compañeros jesuitas que desgasa-



tan su vida en el servicio apostólico por cumplir la misión del Señor. «Convertirnos nosotros mismos en silencio, en vacío, en un espacio abierto que la Palabra de Dios pueda llenar y el Espíritu de Dios pueda inflamar para bien de otros y de la Iglesia». Esta ha sido su última palabra para toda la Compañía y nos deja la puerta abierta para seguir los mismos pasos. Participar en cumplir la misión de Cristo.

# CARTA DEL P. GENERAL



Queridos hermanos:

Con dolor, pero a la vez lleno de agradecimiento, quiero comunicarles que este 20 de mayo, en Tokio, el Señor ha llamado junto a Sí al P. Adolfo Nicolás, nuestro anterior Superior General.

El P. Nicolás, que muchos llamábamos cariñosamente Adolfo, y los jesuitas de Asia Pacífico «Nico», había nacido en Palencia (España) el 29 de abril de 1936. Entró en la Compañía el 14 de septiembre de 1953, y fue ordenado sacerdote el 17 de marzo de 1967.

Siendo escolar fue enviado a la misión del Japón, donde, entre otras cosas, fue profesor de teología, rector de los escolares y provincial, dedicándose luego al trabajo social con emigrantes en Tokio. Durante diez años vivió en Filipinas, ejerciendo como director del Instituto de Pastoral de Extremo Oriente (EAPI) y como Presidente de la Conferencia de Provinciales de Asia Oriental y Oceanía. Tras haber presentado su dimisión como General de la Compañía, fue director espiritual en el EAPI y en la Residencia Internacional Arrupe de Manila.

El P. Nicolás fue elegido Superior General por la Congregación General 35 el 19 de enero de 2008. Ocho años después, el 3 de octubre de 2016, la Congregación General 36 aceptaba su renuncia. En tal ocasión, representando a los miembros de la Congregación y en nombre de la Compañía, el P. Federico Lombardi dirigió unas sentidas palabras al P. Nicolás en las que agradecía su entrega y su servicio

como Superior General. Les invito a releer aquel homenaje, recogido entre los documentos de la CG 36. Resume de manera ejemplar el estilo personal de ejercer la autoridad que tuvo el P. Nicolás –lleno siempre de calidez, bondad y alegría–, así como sus innumerables aportaciones, como Superior General, a la marcha de la Compañía y de la Iglesia. Como dice el P. Lombardi, nunca olvidaremos dos palabras que el P. Nicolás repetía constantemente y que nos impulsaban a la renovación de la Compañía: «universalidad» (la de nuestra vocación y nuestra misión) y «profundidad» (espiritual e intelectual, en aras de nuestra misión).

Quizá el mejor modo de recordar al P. Adolfo Nicolás sea con una breve oración, escrita de su mano tras los Ejercicios de ocho días que realizó en 2011 junto con su Consejo General, y que tuve el privilegio de acompañar. Muchos meses después de aquellos Ejercicios, algunas reuniones del Consejo comenzaban con esta oración, surgida de la meditación personal del P. Nicolás sobre la pesca milagrosa y que narra San Juan en el capítulo 21. Constituye una excelente síntesis de su persona y de su espiritualidad. La versión original de la oración dice así:

*Señor Jesús,*

*¿Qué flaquezas has visto en nosotros que te han decidido a llamarnos, a pesar de todo, a colaborar en tu misión?*

*Te damos gracias por habernos llamado, y te rogamos no olvides tu promesa de estar con nosotros hasta el fin de los tiempos.*

*Con frecuencia nos invade el sentimiento de haber trabajado en vano toda la noche, olvidando quizá que tú estás con nosotros.*

*Te pedimos que te hagas presente en nuestras vidas y en nuestro trabajo,*



*hoy, mañana y en el futuro que aún está por llegar.*

*Llena con tu amor estas vidas nuestras, que ponemos a tu servicio.*

*Quita de nuestros corazones el egoísmo de pensar en “lo nuestro”, en “lo mío”, siempre excluyente y carente de compasión y de alegría.*

*Ilumina nuestras mentes y nuestros corazones, y no olvides hacernos sonreír cuando las cosas no marchan como queríamos.*

*Haz que al final del día, de cada uno de nuestros días, nos sintamos más unidos a Ti, y que podamos percibir y descubrir a nuestro alrededor más alegría y mayor esperanza.*


*Te pedimos todo esto desde nuestra realidad. Somos hombres débiles y pecadores, pero somos tus amigos.*

*Amén.*



La lectura de esta oración evoca el Adolfo más real: un hombre sabio, humilde y libre; entregado al servicio de modo total y generoso; conmovido por los que sufren en el mundo, pero a la vez rebosante de la esperanza que le infundió su fe en el Señor Resucitado; excelente amigo, de los que aman la risa y hacen reír a otros; un hombre del Evangelio. Es una bendición haberlo conocido. A la vez que oramos por su felicidad eterna junto al Señor, a quien tan bien sirvió, pedimos poder continuar nosotros igualmente sirviendo a la misión como lo hizo él, con bondad, con generosidad y con alegría.

Fraternalmente,  
Arturo Sosa, S.J. Superior General



«Jesús nos mira, nos ama y nos espera.  
Es todo corazón y todo misericordia.  
Vayamos a Jesús con confianza, Él nos perdona siempre».

*Papa Francisco*

# SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

*en vos confío*